
Radiografía del debate entre los candidatos

GABRIEL ZAID, JOSUÉ SÁENZ, JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS, JAIME SÁNCHEZ SUSARREY, ISABEL TURRENT, SERGIO SARMIENTO



El 12 de mayo pasado se llevó a cabo por vez primera un debate público entre los candidatos a la presidencia de la República de los tres partidos mayoritarios de nuestro país. Se trata, no hay necesidad de señalarlo, de un acontecimiento que sin exageración podemos calificar de histórico. Es muy difícil, y queremos creer que imposible, que el avance democrático señalado por el debate no sea definitivo. Fue un signo de madurez del sistema político mexicano, una muestra de apertura y tolerancia de los medios de difusión y, sobre todo, una manifestación del desarrollo de una sociedad civil cada vez más sólida, en la medida en que es menos indiferente. Ante todo, hay que celebrar el debate en sí mismo, por lo que significa como realidad y como promesa. Pero esa celebración no debe hacernos adelantar visperas ni olvidar que el papel de los intelectuales radica en el ejercicio de la crítica. En el debate hubo muchas fallas, que es necesario señalar; a la vez, una de sus principales virtudes estuvo en permitirnos advertir las debilidades de los candidatos, de sus programas políticos, de sus partidos y de la cultura y el sistema político del que forman parte con todos nosotros. También, desde luego, reconocer sus virtudes, sin las que el intercambio de puntos de vista, insuficiente como fue, no hubiera sido posible. Esperamos que la atención con que el público mexicano siguió el debate de los candidatos y el de los comentaristas políticos en los distintos medios impresos y electrónicos sea el anuncio del surgimiento de una nueva cultura política mexicana. Los artículos que publicamos a continuación no forman una opinión editorial: representan diversos puntos de vista, todos ellos guiados por un mismo espíritu crítico; sus autores son todos antiguos amigos y colaboradores de Vuelta.

LA RECEPCIÓN DEL DEBATE

Las calles de la ciudad de México estuvieron desiertas durante la trasmisión del debate y, en algunos lugares, horas antes, se escuchaban las despedidas que suelen escucharse cuando la gente se dispone a ver un gran partido. A pesar de que el formato anunciado era poco prometedor. A pesar de que la gente cambia de canal, cuando empiezan los rollos oficiales. A pesar de que, según se dice, la sociedad se ha vuelto cinica.

Parece que el auditorio fue tan alto como el de las visitas papales. Más allá de las cifras, hubo algo comparable: el bullicio de estrenar una libertad inédita, nunca antes permitida. Parece que cuarenta millones siguieron el debate, que es como el número de electores que han sacado su credencial. Pero lo más notable de todo es que se lo tomaron en serio. Unos minutos después, ya estaban llamando a las estaciones de radio y televisión. Al día siguiente, opinaban y discutían.

También fue notable que los tres candidatos buscaran el consenso del gran público, no de sus clientelas tradicionales. Empezando por el acto simbólico de darse la mano, como algo que respondía a lo que el público quería ver, como algo que los igualaba involuntariamente, desde la conciencia pública, aunque cada uno de los tres, desde su propia conciencia, se sentía superior a los otros dos. Esta deferencia continuó en los planteamientos. Los candidatos de oposición no criticaron las medidas oficiales que han tenido aceptación general: la privatización, la apertura, el descenso de la inflación. El candidato oficial no defendió los fracasos del sexenio que han sido objeto de crítica general: la inseguridad pública, el deterioro de las finanzas familiares, la reactivación interrumpida. Como si los tres ofrecieran lo que el público esperaba; cierta continuidad administrativa, aunque no política: el reconocimiento, por fin, de que el poder público era del público, no del poder.

Esta misma conciencia de que "nos están viendo", de que no se pueden ignorar las otras conciencias, se hizo sentir en los paneles de comentaristas por radio y televisión. Aunque con opiniones muy distintas, hicieron un esfuerzo notable por aceptar los hechos y verdades que no les gustaban. Aquí también la recepción del público, que suele verse como puramente pasiva, impuso a los panelistas un aire conciudadano.

Todo parece confirmar que la sociedad mexicana ha madurado más de lo que muchos se imaginan. En un país donde tradicionalmente el Estado ha sido el agente modernizador, que lleva casi a rastras a la sociedad, los papeles se han invertido. La sociedad se ha vuelto más moderna que el sistema político que la construye, que se resiste a desaparecer y que, en su agonía, repasa la película de su vida y sus orígenes horribles: la guerra de capos, los levantamientos en armas, el asesinato político.

En estos mismos meses de fractura en las cúpulas del poder, cuando los capos del sistema se confrontan en una guerra a muerte, que (en el contexto de los narcos, la guerrilla, los secuestros, la fuga de capitales, los disturbios civiles)

hace temer los peores escenarios, la sociedad civil se mueve en dirección contraria: la aceptación de las personas, los hechos y las verdades que no nos gustan; la discusión pacífica, el respeto al consenso; una modernización no dictada a los súbditos desde Los Pinos, sino discutida entre conciudadanos. Por eso, la recepción del debate ha sido más importante que el debate. Ha puesto en evidencia algo asombroso y esperanzador, una fuerza política insospechada del público frente a los protagonistas. Ojalá que se manifieste en las elecciones. ✽

GABRIEL ZAID

LOS ROSTROS DEL PODER FUTURO

Vimos en la televisión tres rostros sin cuerpo y sin propuestas reales. Tres imágenes muy atentas en el estudio al reloj que indicaba a cada cual los minutos restantes para su exposición. Tres candidatos poco conscientes de los relojes macro-sociales que inexorablemente señalan el corto tiempo real disponible para resolver los problemas económicos y demográficos, educativos y políticos, de México. Esta fue mi impresión del debate.

Los tres candidatos hablaron como si México y ellos dispusieran de tiempo ilimitado para aplicar sus programas —cuando en realidad urge extinguir incendios de desocupación, malestar y hasta violencia. Tampoco sobra tiempo para desarmar las bombas sociales y políticas que pronto podrían estallar. No hubo conciencia de que estamos ante varios umbrales que igual pueden llevarnos al éxito o al fracaso. Ninguno de los candidatos expuso un programa realista para reanudar el crecimiento económico y restablecer expectativas de mejoría. Faltó conciencia de que no basta acelerar el gasto social para reducir presiones o ganar batallas políticas. Ninguno de los candidatos señaló la urgencia de un ataque a fondo contra la pobreza estructural —que en muchas partes del país se agrava, recicla y agobia a un 40% de nuestra población. Los tres candidatos estuvieron a favor del “crecimiento”, así en abstracto y sin definición, pero ninguno habló de los imprescindibles pasos previos para lograrlo: incrementar la inversión, producir más, modernizar la economía e incorporar a ella a todos los mexicanos, urbanos o rurales.

El debate tuvo el aspecto favorable de demostrar que el nuevo poder no será destructivo. Ninguno de los tres candidatos propuso usar el poder para destruir lo existente como requisito previo para construir un México utópico. Los fantasmas de Marx, Debray, el Che Guevara y Zapata por suerte no fueron resucitados. Desgraciadamente ninguno expuso cómo usaría el poder para construir o expandir la economía funcional moderna. Todos los candidatos estuvieron a favor del crecimiento económico —pero ninguno dijo cómo lograrlo.

El debate fue un buen paso hacia la rehabilitación de la democracia, pero en el aspecto económico muchos macrotemas fueron omitidos o soslayados. Tal vez por no antagonizar a ciertos sectores religiosos del electorado, ninguno de los candidatos mencionó nuestro angustioso problema demográfico. México es ya un país sobre poblado respecto de su capacidad de inversión, de dar educación adecuada y de crear

empleos. La sobrepoblación general, madre de todos nuestros problemas, no fue invitada al debate.

Nadie tocó el tremendo problema específico de nuestra sobrepoblación agrícola. En los países modernos el sector agrícola ocupa del 5 al 8% de la población total, pero en México todavía tenemos un 25% de nuestra población dedicada a la agricultura.

La situación agrícola se agrava porque los términos de intercambio, tanto a nivel nacional como internacional, de los productos agrícolas respecto a los industriales o del sector servicios se han deteriorado. Para comprar un kilo de automóvil hoy hay que dar muchos más kilos de maíz que hace una generación.

Ninguno de los candidatos pareció consciente de que si México ha de tomar la *autopista al crecimiento*, como lo han hecho los tigres de Asia, la industrialización acelerada es el requisito previo. Aquí también, para no antagonizar a los votantes del sector agrícola, los candidatos prefirieron el silencio.

Por estas razones, el debate pareció superficial en lo económico. México padece, además del subdesarrollo general respecto de otros países, un subdesarrollo regional dentro de su subdesarrollo. Grandes partes del país, el sureste, las zonas áridas, han quedado rezagadas respecto de las zonas prósperas. Por diversas razones la economía de mercado no ha logrado atraer inversiones y tecnología a las zonas más subdesarrolladas dentro de nuestro subdesarrollo. Nos falta evolucionar de la economía de la marginación, el olvido y la exclusión a la *economía de la inclusión*. El capitalismo, en el caso de países como México, tiene que volverse modernizante, solidario, integrativo y desmarginador. Ninguno de los candidatos reconoció el problema y la necesidad de darle prioridad a nuestros imperativos.

Qué útil hubiera sido el debate si alguno de los candidatos hubiera dicho cómo ayudar a la mano invisible del mercado con las muchas manos visibles del Estado. Ninguno mencionó que actúan en México nuevas fuerzas económicas totalmente distintas de las que hicieron la revolución de 1910. Tampoco hubo mención alguna del nuevo papel del Estado en la economía actual. Ni el Estado solo ni el sector privado solo pueden en el contexto de hoy darnos el crecimiento y la modernización que el país requiere. En la compleja nación que hoy es México, en parte moderna y en parte tradicional, en parte localista y en parte globalizada, la política macroeconómica sola es incapaz. El éxito a nivel macroeconómico es la suma de muchos pequeños triunfos a nivel micro. Una política industrial de fomento activo, enfocada, es la parte vital de nuestro futuro crecimiento. Metafóricamente hablando, hay urgencia de combatir al subcomandante Marcos y a sus similares en otras zonas rezagadas, no con el ejército sino con el crecimiento económico y el *capitalismo integrativo*. Urge enviar brigadas modernizantes e incorporativas encabezadas por el subcomandante Maseca, el subcomandante Bimbo, el subcomandante Herdez, el subcomandante Cemex y otros cuyas empresas tienen “pegue” nacional, regional y global. Estas empresas, capaces de modernizar y ampliar el radio de acción de nuestros productores, necesitan una política industrial activa. El sector público tendría que ayudarlas con créditos fiscales, bonos de desarrollo, subsidios para capacitación y demás elementos de una política industrial tipo tigre asiático o futuro jaguar mexicano. Ninguno de los candidatos men-

cionó el problema de la integración económica y la modernización mediante una cooperación estrecha entre el sector, el público y el privado.

Pese a sus defectos y a la falta de visión económica de los candidatos, el debate fue un triunfo de la democracia sobre la indiferencia y el abstencionismo. Seguramente las discusiones posteriores ayudarán a reenfoquear la política futura de los tres candidatos hacia el realismo y la funcionalidad económica. El tiempo presiona; los umbrales se abren. Ojalá el candidato triunfante pueda orientar su gobierno hacia las soluciones reales que México necesita. ✱

JOSUÉ SÁENZ

EL DEBATE GLADIATORIO

El debate, por radio y televisión, a las 21 horas, tiempo triple A, el de mayor auditorio, reservado para las telenovelas de grueso calibre y los grandes encuentros de fútbol. No fueron, por lo tanto, los medios los que se sujetaron a la política; fue la política la que salió en busca de los medios. Y, a través de los medios, de la vasta masa ciudadana que, con sus ritmos de vida cotidiana, jerarquizan los horarios de la radio y la televisión. Podríamos decir: el jueves 12 quedó atrás la plúmbea solemnidad autoritaria —codificada, si no me equivoco, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas— del encadenamiento forzoso de toda transmisora cuando se daba un ritual cualquiera del viejo presidencialismo. Único precio: la Hora Nacional, que no oye ni Carpizo.

Bien, decíamos, el debate, a las 21 horas. Por primera vez, la política se propone a sí misma como espectáculo oído y visto a la vasta masa civil, devoradora de telenovelas y contiendas deportivas. Es decir, un número no precisado pero enorme de personas maceradas en una *Weltanschauung* de la vida como campo de conflictos patéticos y victorias desgarradoras arrancadas a las fauces de la derrota, aunque también de manifestaciones de adoración trepidante por el más fuerte. Fue el primer gran mitin político-gladiatorio celebrado en vivo en ese gran Zócalo electrónico de los medios, desde que estos existen. Los caminos de la democracia son infinitos.

Es una lástima que no haya análisis siquiera aproximados (o al menos, no los conocemos) acerca de los números y la posición social del auditorio congregado ante las pantallas de televisión o los aparatos de radio. De fijo, sólo se sabe que las calles de la ciudad de México se despoblaron como cuando pelea Chávez. Acerca de los otros grandes centros urbanos sabemos aún menos; no creo que, para los efectos del acontecimiento, ni el campo en general, ni los pueblos pequeños, resulten significativos. Sin ser sociólogo, ni tener bases "científicas" para aseverarlo, creo que el debate congregó, como es lógico pensar, a un arco amplio de población citadina que va desde niveles de alto ingreso (no necesariamente ricos) hasta ciertas capas de trabajadores con un aceptable pasar. En otras palabras, me estoy refiriendo a la población capaz de consumir los productos ofrecidos a través de la publicidad que se inserta en ese tiempo triple A; más algunas franjas de los extremos más alto y más bajo que —sobre todo los últimos— se han forjado en los últimos años un protago-

nismo político organizado. Es decir, la parte del electorado que, a mi modo de ver, será determinante en las próximas elecciones, en particular las clases medias.

Pues bien, para ese auditorio, de ese horario triple A, con esos hábitos de consumo y esos automatismos afectivos, activados por el solo acto de colocarse ante el televisor, el debate debía asumir un carácter gladiatorio so pena de no interesar. Eso, me parece, no lo entendió quien quiera que haya prevalecido para imponerle el rígido formato con que salió al éter. Hasta donde he podido averiguar, ese *quien quiera* fue el PRD, movido, como siempre, por la desconfianza entre patológica y propagandística que echa por delante en sus tratos con el gobierno o con el PRI.

Las consecuencias, a la vista. Si efectivamente el PRD fue responsable del formato *cajonero*, Cuauhtémoc Cárdenas llegó a la transmisión sintiéndose escudado por lo que era, en teoría, el producto de sus fobias y recelos. En cambio, Diego Fernández de Cevallos, asentado en su práctica forense, y no condicionado por ningún reflejo pavloviano de ninguna desconfianza socarrona, aprovechó la rigidez del formato a manera de trampolín para sus saltos de boxeador chino, aprovechados para repartir golpes a la izquierda y al centro, más a la izquierda que al centro. Sin que Cárdenas pudiera pararlo ni interrumpirlo.

¿Y Zedillo? Ante todo, una circunstancia clave: Zedillo, ahí, en la pantallita, representaba, venía a ser, era, el eje del todo. Si el formato había resultado *cajonero* había sido en función de Zedillo; y si Fernández de Cevallos había podido aprovechar la rigidez del formato para sus maromas, era porque todo aquello se había armado en función de Zedillo. A posteriori, después de mucho repensar mis propias emociones y expectativas respecto del debate, así como las de gente que conozco, he llegado a una conclusión que supongo irrefutable: el debate giraba todo él en torno a Zedillo, candidato del PRI. Era importante para el auditorio curiosoarse a Cuauhtémoc, quien después de cinco años de asustarnos en varios modos ha llegado a ser notorio; algún interés había, aunque no muchísimo, por asomarse atrás de la barba del panista, a ver si había alguien ahí. Pero el excitante capital, el verdadero picante, era ver a los gigantes combatir con el enanote, era presenciar algo como la pelea de dos sabuesos contra un oso gris. He ahí por qué el auditorio de las 21 abandonó las calles. Quería ver correr la sangre. No quería política; quería dentelladas.

El resultado fue por demás singular. El sabuelo Fernández de Cevallos se lanzó a revolcar al sabuelo Cárdenas, si bien, de vez en cuando, soltaba la presa y corría a dar un mordisco en el jamón del oso gris —lo más recordable de Fernández de Cevallos: ojos y dientes—. El sabuelo Cárdenas, desconcertado, sintiendo que la *cajonera* no lo había protegido, quería apaciguar al sabuelo Fernández de Cevallos meneando la cola para tener espacio de gruñir de tanto en tanto contra el oso gris.

Se ha especulado, sobre todo por parte perredista, acerca de la pretendida grisura de Ernesto Zedillo. Yo no lo veo así. Mi opinión es desde luego partisana, de parte y de partido, aunque no llevo ni llevaré nunca credencial priista; pero yo vi a Zedillo por encima y más allá del pleito. Instintivamente —hablo de un instinto que en política es de estimarse gran cualidad— Zedillo se apoyó, por así decirlo, en su función de eje, de gran motivo, de razón de ser y motor del

debate, se asumió como la punta de lanza de un partido *sui generis*, acumulador (verbo y sustantivo) de hechos cuyo fruto es la existencia concreta de un país en movimiento cual es el nuestro, ignoró por igual los mordiscos de Fernández de Cevallos y los gruñidos de Cárdenas y, como lo han confirmado las encuestas, se quedó tal cual. Después de todo, con su presencia, confirmó un parecer mío respecto del PRI: el partido, que fue casi hegemónico pero nunca totalitario, que tuvo como sosten legitimador la *promesa* de la democracia liberal consagrada por la Constitución, es, en el tránsito, en el cambio, elemento portante de la reforma en marcha. Si el PRI, por hipótesis, dejara súbitamente de existir, caeríamos como piedras en el caos. Zedillo, en el debate, encarnó esa realidad.

En abono de mi tesis, dos argumentos: a) yo pediría al lector realizar un juego, esto es, formar dos imaginarios gabinetes, para Cárdenas y Fernández de Cevallos, Presidentes de la República, uno compuesto de solos panistas, y otro exclusivamente por perredistas, y díganme si no resultan hilarantes: de ahí que ambos candidatos prometan formar gabinetes *plurales*; y b) advierta el lector que, en virtud de las circunstancias detrás de lo que he dicho antes, el debate —de hecho la pelea en corto *a deux*— fue una contienda PAN-PRD por apoderarse del centro. Y en este caso, en este momento, en este lugar, ¿cómo se reconoce en lo concreto el centro si no como el lugar político donde se desenvuelve el esquema siguiente: TLC; reprivatización de un aparato económico estatal que devoraba las finanzas públicas; garantías a los empresarios para que inviertan productivamente, y la diversificación de nuestro intercambio comercial (A. Córdoba)? Aquí, amigos, estamos en terrenos y tiempos del proyecto de Salinas de Gortari, hoy, como lo ha reconocido Cárdenas, más que un proyecto es la realidad real, tangible del país: el centro, pues, donde se implica, por necesidad intrínseca, la transición democrática. El centro, que nos da seguridad, que nos tranquiliza. ¿De quién es la mayor capacidad efectiva para conducir la gestión de ese proyecto, de ese centro, de esa transición corrigiendo omisiones, fallas, conflictos y problemas consiguientes a las circunstancias nuevas en vías de surgir? ✱

JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS

EL DEBATE Y LA SEGUNDA VUELTA

El gran perdedor del debate del 12 de mayo fue Cuauhtémoc Cárdenas Solorzano. Así lo indican las encuestas, pero en ello también coinciden los corresponsales de los principales diarios extranjeros (*The Wall Street Journal*, *The New York Times* y el *ABC* de Madrid).

El candidato del PRD se vió reiterativo y no esbozó ninguna propuesta de gobierno; fue inferior no sólo a Diego Fernández de Cevallos, a quien las encuestas dan como vencedor, sino también a Ernesto Zedillo. A pesar de que utilizó la palabra cambio en repetidas ocasiones, su imagen, su voz y su discurso fueron grises y monótonos. El estilo no es nuevo. Es el mismo que en 1988 le conquistó amplias simpatías entre la ciudadanía. Sin embargo, el efecto que tuvo en la televisión fue desastroso.

Como consecuencia del debate, las intenciones de voto por el candidato del PRD bajaron notablemente. Lo mismo sucedió con Ernesto Zedillo. El gran salto adelante lo dio Fernández de Cevallos. Sin embargo, pese al descenso, el candidato del PRI conserva la delantera seguido por el PAN. En tercer lugar, lejos de los dos primeros, ha quedado ubicada Cárdenas Solorzano.

En hora y media se quebró toda la estrategia del candidato perredista. Desde el 5 de febrero del año pasado, cuando se autopostuló, su objetivo fue polarizar la campaña entre el abanderado del "partido de Estado" y una amplia "alianza de fuerzas democráticas", lideradas por él mismo. Aunque el balance de 1993 arrojaba saldo negativo, ya que el TLC se aprobó y no se produjo ninguna ruptura en el interior del PRI, el panorama cambió con el levantamiento en Chiapas y con el conflicto entre Luis Donaldo Colosio y Manuel Camacho.

Como consecuencia de lo anterior, Cárdenas repuntó y Porfirio Muñoz Ledo se convirtió en el principal interlocutor del gobierno de la República. Paralelamente, buena parte de la prensa convirtió a Diego Fernández de Cevallos en un contendiente de tercera categoría, cuya principal debilidad era su proximidad con Salinas de Gortari.

Así, el Partido de la Revolución Democrática y su candidato tomaron un nuevo impulso. La tesis de la "intransigencia democrática" nulificaba al "gradualismo" y se imponía sobre el gobierno de la República y su aliado "incondicional", el PAN.

Fue en ese contexto en el que Cárdenas decidió jugar un doble juego para incrementar la presión: primero firmó el Acuerdo por la Paz, la Justicia y la Democracia el 27 de enero y luego, el 18 de marzo, desautorizó a Muñoz Ledo por haber negociado una "reforma insuficiente". Su intención explícita fue dejar las puertas abiertas para impugnar los comicios en caso de que los resultados le sean adversos.

Sin embargo, el segundo aire se terminó el jueves 12 por la noche. Fernández de Cevallos apareció como un crítico firme del gobierno de la República y como un hombre propositivo. Se erigió a partir de ese momento en el principal rival de Ernesto Zedillo. Pero además, puso en entredicho la intransigencia y la solvencia moral del candidato del PRD. El silencio de Cárdenas ante las imputaciones acabó de desacreditarlo.

Al convertirse en la tercera fuerza, el neocardenismo pierde definitivamente la posibilidad, si es que alguna vez la tuvo, de liderar a las fuerzas de la oposición y con ello se reduce su capacidad de provocar un conflicto después del 21 de agosto. La llamada "segunda vuelta" ya no está al alcance de la mano; para estarlo era indispensable que Cárdenas apareciera como el líder principal de la oposición.

El riesgo de un estallido poselectoral que podría derivar en un interinato o en un golpe de Estado es real. El candidato del PRD ha venido jugando con esa idea desde que Eduardo Villaseñor renunció a la gubernatura de Michoacán en 1992. Por su parte, el EZLN le ha abonado el terreno al declarar que en caso de que se produzca un fraude electoral llamará al pueblo a tomar las armas.

La convergencia de Cárdenas y los "zapatistas" es cada vez más evidente: ambos están convencidos de que el gobierno prepara un gran fraude y se declaran prestos a luchar mediante las movilizaciones (PRD) y las armas (EZLN) por un gobierno de transición. De ese modo, la pinza se cerraría el

22 de agosto: en la Selva Lacandona (y otros lugares, si hemos de creer al subcomandante Marcos) avanzarían los "zapatas" y en las calles marcharían los perredistas.

El conflicto parece inevitable porque no hay el menor indicio de que Cárdenas esté dispuesto a reconocer su derrota. Los comicios presidenciales se están jugando en dos canchas: la de los votos y la de la credibilidad. En la primera puede ganar cualquiera de los candidatos, aunque es un hecho que Zedillo y Fernández de Cevallos son los que tienen las probabilidades más altas. En la segunda podemos perder todos porque abriría las puertas para un enfrentamiento de consecuencias incalculables.

La correlación de fuerzas y el desenlace del conflicto entre Cárdenas (EZLN) y el gobierno de la República dependerá de tres cuestiones fundamentales: primero, de que las elecciones sean verdaderamente limpias. Por lo pronto, las reformas constitucionales y la presencia de Jorge Carpizo en la secretaría de Gobernación apuntalan la transparencia y la legalidad. Ningún proceso electoral había contado con tales garantías.

Segundo, de que la ciudadanía así lo perciba. El debate entre los candidatos a la presidencia está generando un nuevo ambiente. Las campañas se han aireado y el ciudadano común comprueba en los hechos que estos comicios no serán como los anteriores.

Tercero, de la votación que alcance el candidato del PRD. A estas alturas, Cárdenas Solorzano sabe —o debería saberlo— que no goza de la simpatía de la mayoría de la población y que si pierde no podrá proclamar impunemente que la elección le fue robada.

Después de la noche del 12 de mayo, el fantasma de la "segunda vuelta" ya no nos ronda como antes. ✽

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY

DE ASESORES, IMÁGENES Y PROPUESTAS

Diego Fernández de Cevallos ganó el debate, y desde la primera vuelta, por dos razones. La primera fue mérito propio: atacó cuando y donde debía, presentó propuestas concretas —algunas francamente atractivas— y manejó una imagen auténtica: la de él mismo.

Sin embargo, Fernández de Cevallos ganó también gracias a la disposición de sus oponentes. Las actitudes de Ernesto Zedillo y Cuauhtémoc Cárdenas son una prueba más de la cultura política autoritaria que alimenta el PRI. Cárdenas y Zedillo son hijos del sistema y de su partido dominante y como tales no estaban preparados para un debate. Se limitaron a recetarnos un monólogo repetitivo, en el cual cabían ataques entre ellos, pero nunca la apertura del diálogo con quien consideraban una figura menor. La actitud combativa del candidato del PAN los rebasó porque no la habían previsto y Fernández de Cevallos contó con un factor fundamental en cualquier polémica: la sorpresa.

Ni Cárdenas ni Zedillo pudieron reponerse. Se apegaron al libreto y mostraron una inflexibilidad sorprendente. El televidente presencia una escena absurda: la reacción de los candidatos del PRI y del PRD daba la impresión de que nosotros veíamos un debate y ellos otro. Después de cada anda-

nada de Fernández de Cevallos, Ernesto Zedillo volvía a aparecer con una sonrisa en pantalla para informarnos que, a renglón seguido, hablaría de educación. Y Cuauhtémoc Cárdenas eligió precisamente el segmento de su intervención que siguió a las más feroces acusaciones del panista, para proponer una alianza entre el PAN y el PRD. El espacio del candidato del PAN, que no tiene el flanco débil de haber ejercido el poder, como Cárdenas en Michoacán, o de haber sido un importante funcionario del gobierno actual, se amplió cada vez más. Y Diego Fernández aprovechó muy hábilmente el vacío resultante de la inflexibilidad de sus oponentes.

ASESORES E IMÁGENES

Cárdenas y Zedillo deberían enviar a sus asesores a retiro; equivocaron la estrategia. No prepararon a sus candidatos para una verdadera polémica. Para colmo, el manejo de la imagen de los candidatos del PRI y del PRD fue muy negativo. Es verdad que Cárdenas mantuvo su gesto adusto característico y no pretendió engañarnos con sonrisas prefabricadas. Pero precisamente por ello es aún más incomprensible la petición de sus asesores de que la cámara enfocara a cada candidato mientras hablaba, sin dar a los televidentes la oportunidad de ver las reacciones de sus oponentes, y a la persona que hablaba un respiro necesario. No pudieron prever que el gesto adusto de Cárdenas no soportaría una exposición de frente y en "close up" durante varios minutos.

La imagen de Zedillo fue también negativa. El país vive una crisis grave, una profunda confusión política, una rebelión en Chiapas, un vacío de poder, y todo ello bajo la sombra del asesinato de Colosio. No es un momento para sonrisas permanentes. Zedillo es un hombre serio e inteligente: debe proyectar una imagen de seriedad y preparación. Y eso fue exactamente lo que no proyectó. No supo usar su inteligencia incisiva, ni la información que tiene, precisamente por haber desempeñado una función tan importante en el gobierno del presidente Salinas, y sus asesores le impusieron la idea de una imagen equivocada y artificial.

Y sin embargo, como lo muestran las innumerables encuestas sobre el resultado del encuentro, el gran perdedor del debate fue Cuauhtémoc Cárdenas. El PRI será el principal beneficiario de lo que podríamos llamar el "voto del miedo": el que otorgarán a Zedillo todos aquellos que prefieren la continuidad a la incertidumbre de un cambio nebuloso. Zedillo recibirá también parte del voto de los mexicanos con una memoria objetiva. A fin de cuentas, el PRI nos ha dado décadas de paz y estabilidad y un crecimiento económico notable, por lo menos, hasta principios de los años setenta. En este ámbito, por cierto, Ernesto Zedillo y sus asesores cometieron un error más: dar la espalda al pasado —incluso al inmediato— e intentar presentar al candidato del PRI como una propuesta del futuro. Hay muchas cosas rescatables del pasado y Zedillo pudo usarlas más ágilmente.

Con estos votos casi cautivos, la votación a favor del PRI el 21 de agosto, muy probablemente, será suficiente para darle el triunfo. Cárdenas, en cambio, no cuenta con un mercado cautivo de votos y el debate debe haber empujado a muchos electores dudosos hacia el PRI, el PAN o alguno de los partidos menores.

PROGRAMAS DUDOSOS

Pero el factor fundamental, más allá de estrategias polémicas, imagen e historia es, sin duda, el contenido del debate. Aunque Zedillo parece auténticamente preocupado por la pobreza, es indudable que es un candidato de continuidad. Si llega a la presidencia, aplicará una política económica parecida a la de Salinas: inteligente pero no igualitaria. Por ello no pudo explicar durante el debate cómo logrará la ecuación imposible de mantener una política financiera de austeridad y un alto gasto público para crear redes de seguridad social y defender a los sectores que se han empobrecido abismalmente en los últimos años. Podemos esperar, asimismo, más "perestroika" sin "glasnost". La democracia mereció en el discurso de Zedillo una mención insignificante al final del debate. Y ello demuestra que el candidato del PRI padece de la misma sordera que el resto del sistema. Es imposible olvidar que la democracia es una demanda compartida de toda la sociedad.

Fernández de Cevallos, por el contrario, delineó con más claridad un programa de gobierno. Tal vez su énfasis en que establecerá un gobierno plural le gane parte del "voto del miedo". Montado en la larga tradición democrática del PAN, su propuesta plural tiene más credibilidad que la de sus oponentes y nadie podría estar en desacuerdo con su promesa de incrementar el presupuesto de los municipios. No obstante, el candidato del PAN no dijo una palabra sobre una multitud de asuntos de primera importancia. Entre los problemas que omitió están nada menos que la militancia política reciente de la iglesia Católica, la rebelión en Chiapas, el crecimiento demográfico del país, el control natal y el aborto, la educación laica, la política fiscal, etc...

Por último, el debate confirmó el temor de muchos observadores en relación al PRD. En efecto, Cárdenas no tiene un programa de gobierno. Proclamó con insistencia que el PRD busca democracia —pero su actitud presagia que la pluralidad, para él, consiste en que el electorado vote por el PRD—, crecimiento económico y equidad social. Pero no explicó jamás cómo va a conseguir estas dos últimas metas. No habló de política económica, tampoco mencionó el problema de Chiapas y, significativamente, se olvidó por completo del tema que fue por meses su caballito de batalla: el Tratado de Libre Comercio. Cárdenas nunca pudo dar un contenido concreto a sus vagas y escasas propuestas, no pudo evitar que sus promesas sean sospechosamente parecidas a las del PRI y no intentó siquiera explicar por qué abandonó el programa que enarbó ardientemente antes de las elecciones de 1988.

Es indispensable evaluar a cada candidato por todo aquello que propuso, pero también por lo que omitió, porque el formato del encuentro permitió que los debatientes decidieran cuánto, cómo y de qué hablar. Es también necesario que la sociedad civil exija que se realice un nuevo debate con otra estructura antes de las elecciones de agosto. Un encuentro donde los candidatos enfrenten a la sociedad junto con tres o cuatro periodistas e intelectuales de primera línea que los obliguen a responder a preguntas concretas por más incómodas que sean. Sabremos entonces cuál es el verdadero programa detrás de cada partido y, más importante aún, si los candidatos aprendieron las lecciones fundamentales de

este ejercicio. A saber, que lo importante en una democracia es la opinión de los ciudadanos y que un debate puede decidir, como ha sucedido tantas veces en otros países, el resultado de las elecciones. ✽

ISABEL TURRENT

ANTE EL ABUSO DE LA ESTADÍSTICA

"Descreo de la democracia —decía Jorge Luis Borges—, ese curioso abuso de la estadística". Su opinión no se habría modificado al observar la campaña política de 1994 en México.

El 12 de mayo tuvo lugar una de las ceremonias que, a últimas fechas, los filósofos de los medios consideran indispensables para la creación de un sistema democrático: el debate público entre candidatos. No se trata de una condición necesaria para la democracia: España contaba ya con un sistema político abierto en 1978, pero no asistió a su primer debate entre candidatos sino en 1993. Pero tales espectáculos públicos tienen la virtud (o la desventaja) de establecer que la democracia es, de alguna manera, una competencia de popularidad: una reafirmación de ese abuso de la estadística que Borges cuestionaba.

El debate del 12 de mayo fue interesante no sólo por ser el primero en que participaron los candidatos de los principales partidos del país, sino porque su influencia sobre la opinión pública, tal y como la miden las encuestas (he ahí otro abuso de la estadística), fue decisiva. Si bien la lluvia de sondeos de opinión (algunos de ellos simples cuestionarios sin método que sólo la ignorancia o la mala fe elevó al nivel de encuestas) ofreció imágenes contrastantes tras la realización del debate, no cabe ya duda de que la mayoría de los mexicanos consideraron que el triunfador había sido el panista Diego Fernández de Cevallos.

Lo interesante, empero, no ha sido la declaración de un vencedor, el candidato que siempre fue considerado como el mejor polemista de los tres, sino las consecuencias que este triunfo ha tenido en las intenciones de voto.

Las primeras encuestas de opinión que pueden calificarse como tales, realizadas en la misma noche del debate, apuntaban que Fernández de Cevallos había surgido triunfante, pero añadían que las intenciones de voto favorecían aún al priista Ernesto Zedillo. Algunos sondeos, no obstante, indicaron poco después un efecto retardado. En su número de la tercera semana de mayo, por ejemplo, la revista *Macrópolis* colocó al panista en primer lugar de la intención del voto, mientras que en un sondeo realizado del 12 al 15 de mayo MORI de México, que realiza una encuesta semanal (la única de tal periodicidad) para la revista *Este País*, ponía a Fernández de Cevallos al frente con 25 por ciento, seguido de Zedillo con 20 y de Cuauhtémoc Cárdenas con 14.

Lo más interesante de la encuesta de MORI es que, según ella, el 28 por ciento de quienes vieron el debate afirmaron que éste había cambiado su intención de voto. Tal cifra es altísima. En otros países, quizá más habituados a los debates, éstos modifican las intenciones de voto en apenas unos cuantos puntos porcentuales.

El triunfo del panista es, por supuesto, una simple cuestión de percepción. Resulta notable que, días después del

espectáculo, muchos partidarios del perredista Cuauhtémoc Cárdenas y del priista Zedillo manifestaran que sus respectivos candidatos habían sido los verdaderos vencedores. La realidad es que en un debate, al contrario de lo que ocurre en un combate pugilístico, no hay jueces que determinen por puntuación quién es el vencedor final.

Los resultados de las encuestas de opinión, de cualquier manera, subrayan la importancia que ha tenido el debate en la vida política de México. Según MORI, el 68 por ciento de los mexicanos vio el singular encuentro verbal. La cifra es muy importante si consideramos la tradicional apatía de los ciudadanos ante los procesos políticos nacionales. El debate, pues, parece haber logrado convertir la campaña electoral de 1994 en algo paradójicamente inédito en nuestro país: en un verdadero espectáculo para las masas.

Es interesante subrayar, sin embargo, que el tiempo que transcurrirá entre el debate del 12 de mayo y la realización final de los comicios el 21 de agosto es muy prolongado. Esto aporta al juego político un factor adicional de incertidumbre. Hay buenas razones para pensar que, al emitir su voto, pocos ciudadanos tendrán presente, como factor significativo en su decisión, un debate televisado tres meses atrás. En un año como 1994, en que la situación política y económica ha cambiado con vertiginosa rapidez, es muy alta la posibilidad de que se registren acontecimientos posteriores que modifiquen decisiones ya tomadas.

Las consecuencias políticas del debate demuestran que la

incredulidad de Borges ante la democracia no carece de fundamento. Esta constituye, después de todo, un simple juego de estadísticas en el cual la mayoría impone finalmente sus opiniones sobre la razón o, en el peor de los casos, sobre los derechos de las minorías. No me cabe ninguna duda de que el autor de *El aleph* habría preferido un sistema político inspirado en *La república* de Platón, que escogiera a los gobernantes entre los filósofos de la nación. El despotismo ilustrado ciertamente es un sistema político ideal, cuando existe alguna forma de seleccionar al déspota adecuado.

Ante la ausencia de un procedimiento idóneo para lo anterior, el abuso de la estadística se antoja como el camino más aceptable para designar a los déspotas en turno, limitados en el poder porque, como lo demuestra la historia, éstos nunca adquieren una suficiente ilustración. Quizá el propio Borges habría asentido levemente con la cabeza, con esa resignación que le era tan característica ante lo inevitable, al escuchar las palabras de Winston Churchill: "La democracia es el peor de los sistemas políticos... excepto por todos los demás".

En el camino para alcanzar ese sistema político imperfecto del que su natural aristocracia intelectual alejaba a Borges, quizá él mismo también habría aceptado que, con todos sus defectos, el debate de los candidatos en México fue un paso positivo en la maduración de un país. ✦

SERGIO SARMIENTO

